

LIBRO TREINTA Y OCHO.

Sucesos en el interior.—Marat.—Organizacion de los comités.—Instituciones populares.—Sediciones.—Asignados.—Consideraciones.—El máximo.—Decreto de acusacion contra Marat.—Lyon.—La Vendée.—El ejército.—Danton en la frontera.—Robespierre.—Los girondinos.—Comité insurreccional.—Muerte de la mujer de Danton.—Los veintidos diputados girondinos.—Complot contra ellos.—Danton.—Discurso.—El tribunal revolucionario.—Vergniaud.—Discurso.—Los girondinos rechazan las proposiciones de Danton.—Comité de salud pública.—Madama Roland.

I

Reanudemos el hilo de los acontecimientos del interior, que hemos suspendido para no hacer confuso este relato.

La concesion que hicieron los girondinos de la cabeza del rey no habia ahogado los gérmenes de disension en el gobierno; los partidos se confundieron un momento, pero no estaban unidos. La debilidad no desarma, anima á nuevas exigencias. Los girondinos, entregando la vida del rey, se habian despojado de la única fuerza de opinion que podía luchar por ellos en la nacion y fuera de ella. Una vez revelado el secreto de su debilidad, se sabia de antemano la última palabra de su resistencia, y no se iba á dilatar el pedírsela.

Sin embargo, satisfechos con la gran victoria que acababan de conseguir sobre sus adversarios, los jacobinos dejaron respirar por un momento á sus enemigos. Hasta se estableció un cierto acuerdo en apariencia entre los comités de la Convencion y la municipalidad de Paris para refrenar los excesos y concentrar una fuerza grande en el gobierno. Se pusieron de acuerdo para hacer volver á entrar en su cauce el flujo popular que acababa de sumergir el trono.

Danton se mantenía retirado en una reserva y una altiva independencia, que parecia deber convertirle en árbitro de los partidos. Robespierre aguardaba que viniese una nueva crisis para levantarle y llevarle más léjos y á más altura. Ni uno ni otro fomentaban entónces los desórdenes y las agitaciones, sin objeto, de la multitud. Sólo un hombre en la Convencion turbaba la concordia aparente de todas las voluntades. Este hombre era Marat, verdadera encarnacion de la anarquía. Danton personificaba la fuerza convulsiva que trata de salvar las naciones, inspirándoles accesos de patriotismo llevados hasta el asesinato; Robespierre, la obstinacion de la fe filosófica, que marcha á su fin á traves de todos los acontecimientos; Marat personificaba en sí aquellos sueños vagos y febriles de la multitud que sufre, que gime y se agita en el fondo de todas las sociedades; clase que, sin voz para dejarse oír, sin accion regular para hacerse lugar, se conmueve como un ele-

mento al soplo de todas las facciones, se fanatiza con mentidas esperanzas, cambia sus decepciones en furor, y destruye sin cesar los gobiernos, sin haber podido aún romper las condiciones del trabajo, de la opresion y de la miseria, que la retienen en la degradacion. Marat era el representante del proletariado moderno, especie de esclavitud templada por el salario; introducía sobre la escena política aquella multitud, hasta entónces relegada en su impotencia y envilecida en sus andrajos. La pasion que inclinaba á Marat á representar aquel papel no era sólo la de dominar, era también la de la rehabilitacion de las clases que sufren y degradadas de la especie humana. Habia adoptado esta causa desesperada, y queria que en lo sucesivo se le diese su nombre; queria libertar de sus males á las clases que padecen, y volver contra las opulentas todas las plagas que pesaban desde hacía tantos siglos sobre la parte oprimida del pueblo; aspiraba á restituirle su puesto en el bienestar á que pretendia conducir á los proletarios; pero los conducía como á bárbaros, que hacen una invasion con el hierro y el fuego en la mano en sus derechos reconquistados, y que no saben proporcionarse un lugar sobre la tierra sino incendiando y exterminando todo lo que la ocupaba ántes que ellos.

Marat, desde el 10 de Agosto, no sólo hacía resonar su voz desde los subterráneos que habitaba, como un gemido exhalado del fondo del pueblo, sino que se mostraba con afectacion en la multitud, en los Jacobinos, en los Franciscanos, en el ayuntamiento, en las secciones y en todos los tumultos. Comenzaba á emanciparse de la tutela de Danton, que mucho tiempo habia deseado y sufrido, y principiaba á disputar á Robespierre los aplausos de los jacobinos, pues prometía al pueblo el reinado de leyes populares que repartirian con más equidad el bienestar social entre todas las clases. Marat ofrecía completos trastornos y próximos despojos. Uno contenía al pueblo por su razon, el otro le arrastraba por su locura; Robespierre debía ser más respetado, y Marat más temido. Conocía este papel, y hé aquí en qué términos se caracterizaba él mismo en *El Amigo del Pueblo*:

«Perdóneme mis lectores si hoy les hablo de mí. No lo hago por amor propio ni por fatuidad, sino por deseo de servir mejor la causa pública. ¿Por qué tener por un crimen presentarme tal como soy, cuando los enemigos de la libertad no dejan de hacerme pasar por un loco, por un antropófago, por un tigre deseoso de sangre, con objeto de impedir el bien que yo podría hacer? Habiendo nacido con un corazon sensible, una imaginacion de fuego, un carácter ardiente, franco y tenaz, con un ánimo recto, un corazon abierto á todas las pasiones exaltadas, y sobre todo al amor de la gloria, educado con los más tiernos cuidados en la casa paterna, he llegado á la edad viril sin haberme abandonado nunca al ardor de mis pasiones. A los veintiun años aún estaba puro, y me habia dedicado desde hacía mucho tiempo al estudio y á la meditacion.

»Debo á la naturaleza el temperamento de mi alma, pero á mi madre el desarrollo de mi carácter, pues hizo nacer en mi corazon el amor de la justicia y de los hombres. Por mis manos hacía pasar los socorros que daba á los indigentes; el acento del interes que tenia al hablar á los miserables me inspiró desde muy jóven la ternura que ella les manifestaba. A los ocho años tenia ya formado el sentido moral, y no podía mirar con calma los malos tratamientos que se daban á mis semejantes. El aspecto de una crueldad me llenaba de indignacion; el espectáculo de una injusticia hacía latir mi corazon como si fuese un ultraje personal.

»Durante mi primera juventud, mi cuerpo fué débil, no conocí ni la alegría, ni el aturdimiento, ni los juegos infantiles; dócil y aplicado, todo lo obtenían de mí mis maestros por la dulzura, habiendo sido castigado sólo una vez. Tenía entonces once años. El castigo era injusto; me habían encerrado en un cuarto; abrí la ventana y me arrojé á la calle.

»El amor de la gloria fué en todas las edades de mi vida mi pasión principal: á los cinco años hubiera querido ser maestro de escuela, á los quince profesor, á los diez y ocho autor, y á los veinte genio creador, como hoy ambiciono la gloria de inmolarme por mi patria. Pensador desde mi adolescencia, el trabajo intelectual ha venido á ser mi única necesidad, hasta en las enfermedades. He hallado mis más dulces placeres en la meditación, en esos momentos pacíficos en que el alma contempla con admiración el espectáculo de los cielos, ó cuando, concentrada en sí misma, parece escucharse en silencio, pesar en la balanza de la verdadera felicidad lo vano de las grandezas humanas, penetrar el sombrío porvenir, buscar al hombre más allá de la tumba, y sentir una inquieta curiosidad sobre los destinos eternos.

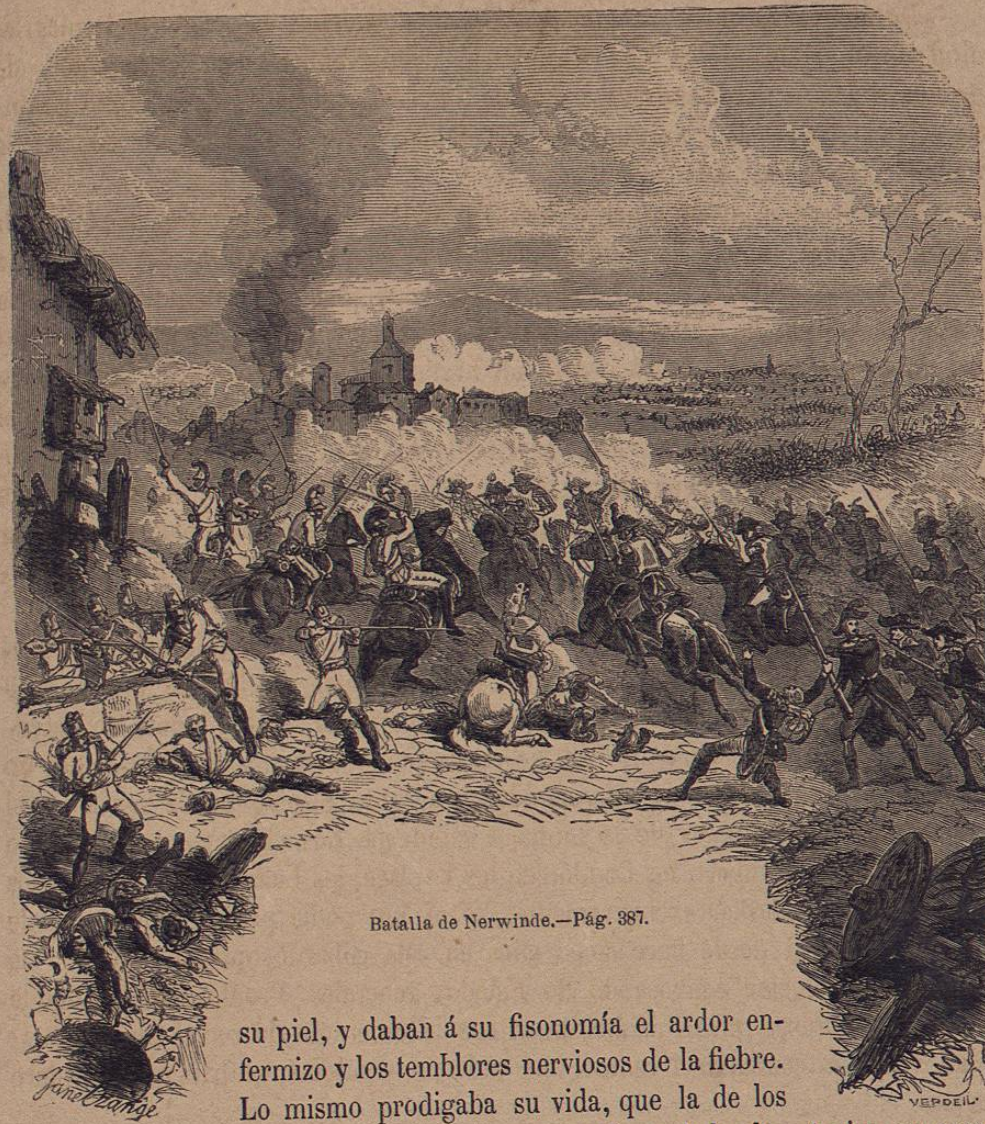
»He pasado veinticinco años en el retiro, leyendo y meditando sobre los mejores libros de moral, de filosofía y política, para deducir de ellos las mejores consecuencias. En ocho volúmenes de investigaciones metafísicas, y veinte de descubrimientos sobre las ciencias físicas, he experimentado en mis investigaciones un sincero deseo de ser útil á la humanidad, un santo respeto por la verdad, y el sentimiento de los límites de la humana sabiduría. Los charlatanes del cuerpo científico, los D'Alembert, los Condorcet, los Laplace, los Lalande, los Monge y los Lavoisier querían brillar exclusivamente. Yo ni aún podía publicar los títulos de mis obras; gemía desde hace cinco años en esta cobarde opresión, cuando se anunció la revolución convocando los Estados generales. Pronto calculé adónde llegarían las cosas, y principié á respirar con la esperanza de ver al fin la humanidad vengada, concurrir á romper sus cadenas, y subir á ocupar mi verdadero puesto.

»No era esto aún más que un bello ensueño que estuvo próximo á desvanecerse. Una enfermedad cruel me amenazaba concluirle en la tumba; pero no queriendo dejar la vida sin hacer algo por la humanidad, compuse sobre mi lecho de dolor la *Ofrenda á la patria*. Vuelto á la vida, sólo me ocupé de los medios de servir la causa de la libertad. ¡Y me acusan de ser un malvado vendido, cuando podía reunir millones sólo con vender mi silencio, y gimo en la miseria!»

Estas líneas revelaban en el alma de Marat un frenesí de gloria, una perpetua explosión de venganza contra las desigualdades sociales, y un amor por las clases que sufren, pervertido hasta la ferocidad contra los ricos y los felices.

Una sed tal de justicia absoluta y de nivelamiento repentino no podía saciarse sino con sangre. Marat no cesaba de pedirla al pueblo, como consecuencia de aquel endurecimiento de alma que goza en inmolar con el pensamiento lo que resiste á la inflexibilidad de sus sistemas.

Su vida era pobre y laboriosa como la indigencia que representaba. Vivía en un cuarto mezquino de una casa oscura de la calle de los Franciscanos, manteniéndose con su pluma. Un trabajo fatigoso de cabeza, una cólera crónica y prolongados desvelos, inflamaban su sangre, hundían sus ojos, ponían amarillenta



Batalla de Nerwinde.—Pág. 387.

su piel, y daban á su fisonomía el ardor enfermizo y los temblores nerviosos de la fiebre. Lo mismo prodigaba su vida, que la de los demas; hasta cuando sus largas y frecuentes enfermedades le retenían en cama, no cesaba de escribir con la rapidez del rayo todos los pensamientos repentinos que el ardor de sus ensueños hacía subir á su imaginación. Los cajistas llevaban una á una á la imprenta las hojas empapadas en su odio; una hora despues, los vendedores públicos y los anuncios pegados á las esquinas de las calles las publicaban en todo Paris. Su vida era un diálogo continuo y furioso con la multitud. Parecía que miraba todas sus ideas como inspiraciones, y las recogía apresuradamente como las fascinaciones de la sibila ó los pensamientos sagrados de los profetas. La mujer con quien vivía le consideraba como un bienhechor desconocido del mundo, cuyas confidencias recibía primero que otro alguno. Marat, brutal é injurioso para todo el mundo, suavizaba su acento y daba dulzura á sus miradas con aquella mujer, llamada Albertina. No hay hombre tan desgraciado ó tan odioso en la tierra á quien la suerte no haya unido una mujer en su obra, en su suplicio, en su crimen ó en su virtud.

Marat tenía, como Robespierre y como Rousseau, una fe sobrenatural en sus principios; respetábase á sí mismo en sus quimeras como un instrumento de Dios. Había escrito un libro en favor del dogma de la inmortalidad del alma. Su biblio-

teca se componia de unos cincuenta volúmenes filosóficos, puestos en una tabla de pino clavada á la pared desnuda de su cuarto. Se notaba entre ellos á Montesquieu y Raynal, hojeados con frecuencia. Sobre la mesa tenia siempre abierto el Evangelio. «La revolucion—decia á los que se admiraban de ello—está toda en el Evangelio; en ninguna parte ha sido más enérgicamente defendida la causa del pueblo, en ninguna se han lanzado más maldiciones á los ricos y á los poderosos de este mundo. Jesucristo—repetia con frecuencia, inclinándose con respeto al decir este nombre,—Jesucristo es el maestro de todos nosotros.»

Eran muy pocos los amigos que visitaban á Marat en su triste soledad: Armonville, el setembrista de Amiens; Pons, de Verdun, poeta adulador de todos los poderes; Vincent, Legendre, y algunas veces Danton, porque éste, que durante mucho tiempo habia protegido á Marat, principiaba á temerle. Robespierre le despreciaba como un vergonzoso capricho del pueblo; le envidiaba, pero no se prostituía tanto á mendigar su popularidad. Cuando Marat y él pasaban cerca en la Convencion, se dirigian miradas injuriosas y de mutuo desprecio. «¡Cobarde hipócrita!»—decia Marat. «¡Vil malvado!»—murmuraba Robespierre. Pero ambos unian su odio contra los girondinos.

El destrozado traje de Marat en aquella época contrastaba tambien con el vestido decente de Robespierre. Unã chupa de color oscuro llena de remiendos, las mangas vueltas como las de un obrero que dejaba su trabajo; unos calzones de terciopelo manchados de tinta, medias de lana azul, zapatos atados en el empeine con cuerdas, una camisa sucia y que descubria el pecho, el pelo ceñido sobre las sienes y anudado atras con una tira de cuero, un sombrero redondo de alas muy anchas caido sobre los hombros; tal era el aspecto que presentaba Marat en la Convencion. Su cabeza, de un grueso desproporcionado para su pequeña estatura, su cuello inclinado sobre el hombro izquierdo, la continua agitacion de sus músculos, la sonrisa sardónica de sus labios, la provocadora insolencia de su mirada y la audacia de sus apóstrofes, le hacian notable. La humildad de su exterior no era más que el anuncio de sus opiniones. El sentimiento de su importancia aumentaba en él con el presentimiento de su poder. Amenazaba á todos, sin exceptuar á sus antiguos amigos; ridiculizaba á Danton por su lujo y por sus inclinaciones voluptuosas. «Danton—decia á Legendre—repite sin cesar que soy un chismoso que trastorno todos los negocios. En otro tiempo he pedido la dictadura para él porque le creia capaz de ella, pero se ha afeminado en las delicias. Los despojos de Bélgica y sus comisiones le han embriagado, y hoy es un personaje demasiado importante para bajarse hasta mí. Camilo Desmoulins, Chabot, Fabre d'Eglantine y todos sus aduladores me desdennan; pero el pueblo y yo los vigilamos.»

II

La Convencion se esforzó durante algun tiempo, por medio de la organizacion de sus comités, en clasificar los conocimientos, las aptitudes y el desinterés individual que habia en ella, y en aplicar á cada uno de sus miembros á las funciones para las que su naturaleza, sus facultades y sus estudios parecian designarle. Esto era el gobierno y la administracion nombrados, por decirlo así, por aclamacion pública. La Constitucion, la instruccion pública, la hacienda, los ejércitos,

la marina, la diplomacia, la seguridad general de los ciudadanos y la salvacion del Estado, en fin, esta atribucion suprema que da á una nacion la soberanía de sus propios destinos, formaron otros tantos comités distintos, donde se elaboraban en discusiones íntimas y en profundas relaciones las diferentes materias de gobierno, de economía política y de administracion. De este modo la Convencion utilizaba todas las aptitudes, concentrándolas sobre los objetos especiales de su competencia. Reservaba para las sesiones públicas las grandes luchas de teorías ó de pasiones políticas que conmovian el imperio y hacian triunfar ó sucumbir alternativamente á los partidos; pero el nervio de la administracion interior ó de la defensa exterior fué confiado á los comités. Este resorte continuaba obrando sordamente miéntras la Convencion parecia desgarrarse por sus convulsiones públicas.

En un país acostumbrado despues de tantos siglos á la unidad y á la arbitrariedad del gobierno monárquico, la primera necesidad, el primer pensamiento de la Convencion, fué la organizacion del gobierno republicano. Llamó al comité de Constitucion á los hombres que suponía dotados en más alto grado del genio ó de la ciencia de las instituciones humanas. No hizo acepcion de partido, sino de mérito, en estas primeras elecciones. Los girondinos dominaban en ellas, pero más por el título de sus conocimientos que por el de faccion. Sieyes, Tomás Payne, Brissot, Petion, Vergniaud, Gensonné y Barere eran los que comunicaban el entusiasmo fingiéndole, y en fin, Condorcet y Danton. Robespierre, odiado por los girondinos y sospechándole partidario de la anarquía, no fué elegido. Se creyó profundamente humillado, y experimentó un resentimiento que encubrió bajo la máscara del desprecio.

El comité de instruccion pública, el más importante despues del de la Constitucion, en un momento en que era necesario transformar las costumbres del pueblo, como se cambiaban sus leyes, se componia de los filósofos, de los literatos y de los artistas de la Convencion. Condorcet, Prieur, Chenier, Hérault de Sechelles, Lanjuinais, Romme, Lanthenas, Dusaulx, Mercier, David, Lequinio y Fauchet eran los principales miembros. Cambon reinaba en el comité de la Hacienda; era jacobino por su pasion á la república, girondino por su odio á los anarquistas, probo como la mano del pueblo en su propio tesoro, é inflexible como una cifra. El comité de salud pública, que debia absorber todos los otros y sobreponerse á todas las leyes como la fatalidad, no se organizó hasta dos meses despues, y sólo duró seis.

Miéntras estos comités preparaban en silencio la Constitucion y los sistemas de educacion, de guerra, de hacienda y de beneficencia pública, la agitacion del pueblo de Paris llamaba sin cesar á la Convencion á lo urgente y á lo imprevisto. La guerra y el hambre impulsaban igualmente al pueblo á la sedicion. Por una fatal coincidencia, los años de tumultos para Francia lo habian sido de esterilidad para la tierra; los inviernos largos y crudos habian helado los trigos; todas las estaciones habian sido rigurosas, y podia decirse que hasta los elementos combatian contra la libertad. El terror pánico, exagerando la escasez de los granos, habia llenado de sospechas la imaginacion pública. Los rios estaban helados, la leña muy escasa, el pan muy caro, y el subido precio de todas las subsistencias presentaba la miseria y la muerte bajo la forma que aterra más al pueblo: el hambre. A los jornaleros les faltaba trabajo; el lujo habia desaparecido con la seguridad, que le

hace nacer; los ricos aparentaban la indigencia para evitar la expoliación; los nobles y los clérigos habían llevado al huir, ó enterrado en las bodegas y paredes de sus casas, una parte considerable del oro y de la plata acuñados, signos del valor, medios de cambio, móviles de circulación, y fuentes del trabajo y del salario. Las confiscaciones y los secuestros paralizaban entre las manos de la república una masa inmensa de tierras incultas y de casas inhabitadas.

Para suplir al oro y la plata, que parecían haberse agotado de repente, la Asamblea constituyente creó una moneda de papel con el nombre de *asignados*. Esta moneda de confianza, si el pueblo hubiese querido comprenderla y adoptarla, hubiera producido los mismos efectos que la moneda metálica, multiplicando las transacciones entre los particulares, alimentando el trabajo, pagando los impuestos y representando el precio de las tierras. Una moneda, digan lo que quieran los economistas, nunca tiene más valor que el de la convención que la ha creado y el del crédito que lleva consigo. Basta que la proporción entre las cosas compradas y el signo que las compra no pueda ser repentina y arbitrariamente cambiada por una multiplicación desordenada de este signo monetario; el precio real y verdadero de todas las cosas se establece según esta proporción. Sólo la ley, y una ley pródiga y prudente, puede hacer la moneda; que haga moneda de oro, plata, cobre ó papel, poco importa, con tal que esta proporción sea religiosamente guardada, y el pueblo conserve confianza en la sinceridad y el crédito de este signo. La letra de cambio, moneda individual, que no tiene más valor que la firma del que la crea, suple entre los particulares á un numerario incalculable; tiene todos los efectos del oro y de la plata; no es más que una moneda que puede hacer cualquiera, y que representa la confianza que se tiene en un individuo. ¿Cómo, pues, el Estado, que representa la fortuna y el crédito de todos, no podría hacer una moneda de papel, tan inviolable y acreditada como la de los simples ciudadanos?

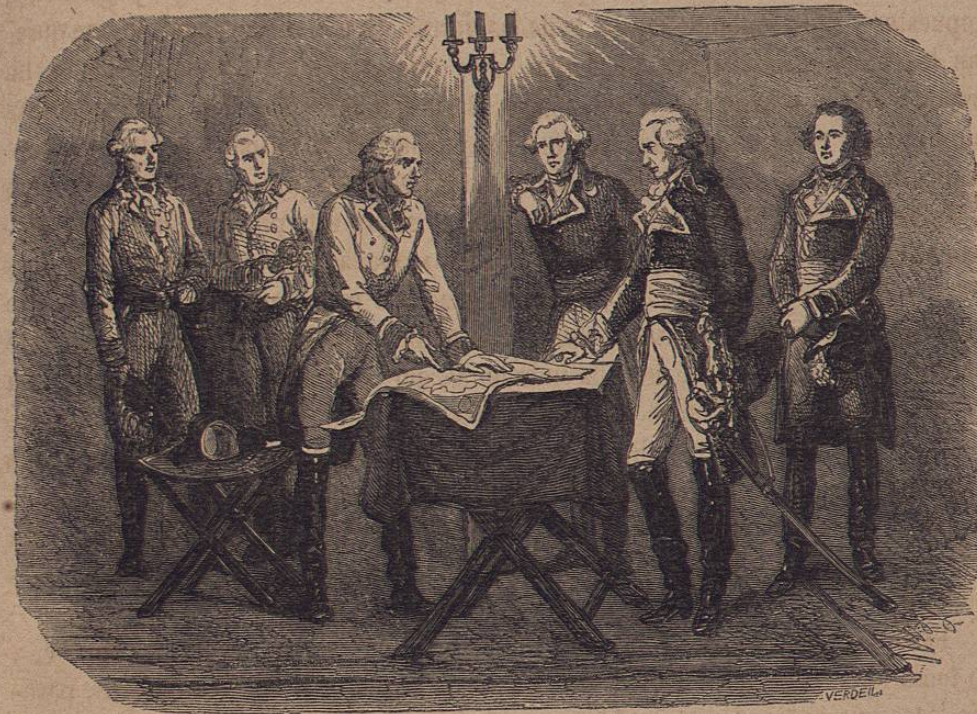
Pero el pueblo estaba acostumbrado al oro, quería pesar y tocar su valor, y no tenía fe en el papel. Mientras que las verdades no se hacen costumbres, parecen lazos que se tienden al pueblo.

Además, el gobierno, apremiado por necesidades que aumentaban sin cesar, había multiplicado de repente el nuevo signo monetario de papel. De esto dimanó el desprecio del signo y la ocultación de la riqueza monetaria por aquel que la poseía ó la aceptaba; de esto procedieron también leyes implacables contra aquellos que rehusaban recibirla; por esta causa, en fin, se paralizó la circulación, desmayó el comercio, ocasionando el peligro de los negocios, la suspensión de los cambios, la cesación del trabajo libre, la desaparición del salario, y la extenuación del jornalero. Los propietarios y los ricos vivían de los productos directos de sus tierras, ó de sumas reservadas en oro ó en plata, de las que no dejaban salir de una mano avara más que la cantidad necesaria para satisfacer sus más urgentes necesidades. Se cultivaba mal, se consumía poco, y no se construía nada. Los coches y los caballos habían desaparecido; los muebles no se renovaban; los vestidos manifestaban el temor, la avaricia ó la miseria; la vida, reducida á lo estrictamente necesario, escatimaba todo empleo y todo salario á esos innumerables artesanos que alimentan las necesidades facticias de cualquier sociedad tranquila.

III

Los comerciantes de las grandes ciudades, esos intermediarios entre el consumidor que desea comprar barato, y el productor que quiere vender caro, añadan aún la usura de sus especulaciones y de su monopolio al precio de los géneros. El comercio se aprovecha de todo para enriquecerse, sin exceptuar el hambre; éste no es solamente su vicio, sino su naturaleza; la sed de oro endurece como la de sangre.

Crecía diariamente una lucha violenta entre el pueblo bajo de París y el comer-



Conferencia de Ath.—Pág. 388.

cio al menudeo. El odio contra los especieros, expendedores de los consumos diarios de las masas, había llegado á ser tan ardiente y sanguinario como el que se profesaba á los aristócratas. Las tiendas estaban sitiadas por tantas imprecaciones como los palacios; los continuos motines á las puertas de los panaderos, de las tabernas y de los especieros, impedían el paso de las calles. Las turbas hambrientas, á cuya cabeza iban mujeres y niños, muestras de la miseria, salían todas las mañanas de los barrios populosos y de los arrabales para diseminarse por los barrios ricos, y situarse delante de las casas donde había sospecha de que se guardaba el grano. Estas bandas rodeaban la Convención, y hasta forzaban algunas veces las puertas para pedir á grandes gritos pan, ó la rebaja violenta del precio de los géneros. Las legiones de mujeres que habitan las orillas y los barcos del río, y ganan su vida y la de sus hijos en lavar la ropa de una gran ciudad, venían á intimar á la Convención que bajase el precio del jabón, elemento indispensable de su profesión, el del aceite, de las velas y de la leña necesaria para su uso.